



ESTE ARTÍCULO FUE INCLUIDO EN LA COMPILACIÓN titulada *Amor líquido* (2003), cuya versión castellana, debida a Mirta Rosenberg y Jaime Arrambide, fue publicada por la filial argentina del Fondo de Cultura Económica (2005). Nacido en 1925 en Poznan (Polonia), Bauman emigró de su patria en 1968 por razones políticas y se convirtió en uno de los grandes sociólogos de nuestro tiempo. Es profesor emérito en la Universidad de Leeds (Inglaterra). Cuando la solidez del proyecto de la modernidad se “desvaneció en el aire”, el pensar de Bauman sobre las *relaciones humanas* contemporáneas ha intentado aprehender el sentido de la nueva “sociedad líquida”, aquella que Robert Musil anunció en *El hombre sin atributos* (1930-1942): la de la extrema fragilidad de los vínculos entre los seres humanos, despojados de la antigua fuerza de los vínculos de parentesco y de comunidad, en la que cada uno de ellos tiene que esforzarse por desarrollar en sí los atributos deseados. Desconfiando del “estar relacionados” con los otros, y especialmente “para siempre”, las relaciones humanas oscilan entre un dulce sueño y la pesadilla, una ambivalencia que ha creado el gran mercado de la consejería de pareja o de familias. Este texto nos introduce entonces en dos aspectos (sexualidad y comunidad) de este desgarramiento de la sociedad contemporánea.

82

### HOMO SEXUALIS: HUÉRFANOS Y DESCONSOLADOS

Tal y como lo afirmara Lévi-Strauss, el encuentro entre los sexos es el terreno en el que naturaleza y cultura se enfrentaron por primera vez. Asimismo, es punto de partida y origen de toda cultura. El sexo fue el primer componente de los atributos naturales del *homo sapiens* sobre el que se grabaron distinciones artificiales, convencionales y arbitrarias: la industria de base de toda cultura, en especial el primer acto de cultura, la prohibición del incesto, que divide a las hembras en elegibles y no elegibles para la cohabitación sexual.

Es evidente que esta función del sexo no fue accidental. De todos los impulsos, inclinaciones y tendencias “naturales” del ser humano, el deseo sexual fue y sigue siendo el más irrefutable, obvia y unívocamente social. Se dirige hacia otro ser humano, exige la pre-

sencia de otro ser humano, y hace denodados esfuerzos para transformar esa presencia en una unión. Añora la unidad y hace de todo ser humano alguien incompleto y deficiente a menos que se una a otro, por más realizado y autosuficiente que sea en otros aspectos.

La cultura nació de ese encuentro entre los sexos. En él, la cultura ejerció por primera vez su capacidad creativa de diferenciación. Desde entonces, la íntima cooperación de naturaleza y cultura en todo lo que se refiere a lo sexual no ha cesado, y menos aún ha sido abandonada. A partir de entonces, el *ars erotica*, una creación eminentemente cultural, ha guiado el impulso sexual hacia su satisfacción: la unión de los seres humanos.

A EXCEPCIÓN DE ALGUNOS CASOS AISLADOS, DICE EL EMINENTE SEXÓLOGO ALEMÁN VOLKMAR SIGUSCH, NUESTRA



Adán y Eva de  
Támara de Lempicka,  
óleo sobre cartón,  
París, 1932.

**CULTURA “NO HA PRODUCIDO NINGÚN ARS EROTICA, SINO UNA SCIENTIA SEXUALIS”<sup>1</sup>**

Es como si Anteros, hermano de Eros y “genio vengativo del amor rechazado”, hubiese destronado a su hermano y tomado el control del reino del sexo. Actualmente, “la sexualidad ya no es el epítome del posible placer y la felicidad. Ya no está mistificada positivamente en tanto éxtasis o trasgresión, sino negativamente, en tanto fuente de opresión, desigualdad, violencia, abuso e infección letal.”

Anteros tenía fama de ser un hombre muy apasionado, lascivo, irritable e irascible, pero una vez que se convirtió en señor indiscutible del reino seguramente proscribió las pasiones entre sus súbditos y proclamó que el sexo debía ser racional, fríamente calculado, a prueba de riesgos, obediente a las reglas y, por sobre todas las cosas, debía ser un acto despojado de todo misterio y encanto. “La mirada del científico -dice Sigusch-, siempre ha sido fría y desapegada: no debe haber secretos.” ¿El resultado? “Hoy todos están informados, y nadie tiene ni la menor idea.”

Pero ni la autoridad de Anteros ni la de su mano derecha, la *scientia sexualis*, se ven melladas como consecuencia de esta postura fría y esta mirada desapegada, ni tampoco se angostan las filas de sus devotos, agradecidos y expectantes seguidores. La demanda de servicios (de servicios nuevos y mejorados, que son, sin embargo, “más de lo mismo”) tiende a aumentar y no a disminuir, en tanto y en cuanto estos servicios demuestran una y otra vez ser incapaces de cumplir lo que prometen. “No obstante, la ciencia sexual sigue existiendo, ya que la miseria sexual se niega a desaparecer.”

La *scientia sexualis* prometía liberar a los *homini sexuali* de su miseria, y sigue prometiéndolo, y se sigue creyendo y confian-

do en sus promesas por la simple razón de que una vez separados de toda otra modalidad humana y abandonados a su propia suerte, los *homini sexuali* se han convertido en “objetos naturales” del escrutinio científico: sólo se sienten como en casa en el laboratorio y frente al bisturí del terapeuta, y sólo son visibles para ellos mismos y para los demás bajo la luz de proyectores operados por científicos. Salvo estas excepciones, los huérfanos y desconsolados *homo sexualis* ya no tienen a quién recurrir en busca de consejo, auxilio o ayuda.

**Huérfanos de Eros.** Eros, podemos estar seguros, no ha muerto. Pero, desterrado del reino que le corresponde por herencia, ha sido condenado –como lo fuera una vez Ahaspher, el judío Errante– a merodear y deambular, a vagabundear por las calles en una búsqueda interminable, y por lo tanto vana, de refugio y cobijo. Ahora Eros puede ser hallado en cualquier parte, pero en ninguna se quedará por mucho tiempo. No tiene domicilio permanente: si quieren dar con él, escriban a correo rezagado y no pierdan la esperanza.

**Desconsolados por el futuro.** Por lo tanto, sin el consuelo de la previsibilidad y el compromiso, que son propiedad legítima y monopólica del futuro. Abandonados por el espectro de la paternidad y la maternidad, mensajeros de lo eterno y el Más Allá que solían sobrevolar los encuentros sexuales, confiando a toda unión carnal algo de su mística sobrenatural y de esa sublime combinación de fe y aprensión, goce y temor, que eran su sello distintivo.

**EN LA ACTUALIDAD, LA MEDICINA COMPITE CON EL SEXO POR EL DOMINIO DE LA “REPRODUCCIÓN”.**

Los hombres de la medicina compiten con los *homini sexuali* por el rol de *autores* principales del drama. El resultado de

<sup>1</sup> Volkmar Sigusch: “The neosexual revolution”, en *Archives of Sexual Behaviour*, 4 (1989), pp. 332-359.

esa contienda está cantado: no sólo gracias a lo que la medicina puede hacer, sino gracias a lo que los alumnos y discípulos de la escuela de mercado de la sociedad de consumo esperan y desean que la medicina haga. La cautivante perspectiva que nos aguarda a la vuelta de la esquina es la posibilidad (citando a Sigusch nuevamente) de “elegir un hijo de un catálogo de atractivos donantes, tal y como los consumidores contemporáneos están acostumbrados a comprar a través de tiendas de ventas por correo o revistas de modas”, y de adquirir ese hijo a elección en el momento que uno decida. Desdeñar la posibilidad de dar la vuelta a esa esquina iría en contra de la naturaleza de un consumidor experto.

#### HUBO ÉPOCAS (DE HOGARES/TALLERES, DE GRANJAS FAMILIARES) EN LAS QUE LOS NIÑOS ERAN PRODUCTORES.

En esas épocas, la división del trabajo y la distribución de los roles familiares se superponían. El niño debía unirse al *oikos* familiar, hacer un aporte a la fuerza de trabajo del taller o la granja. Y por lo tanto, en esas épocas en las que la riqueza era resultado del trabajo, la llegada de un hijo traía la esperanza de mejorar el bienestar familiar. Quizás los niños fuesen tratados con dureza y severidad, pero también el resto de los trabajadores recibía el mismo trato. No se esperaba que el trabajo brindara satisfacción y placer al trabajador: la idea de “satisfacción laboral” todavía no había sido inventada. Y por lo tanto los hijos eran, a los ojos de todos, una excelente inversión, y bienvenidos como tal. Cuantos más, mejor. Más aún, la razón aconsejaba cubrirse de los riesgos, ya que la esperanza de vida era corta y era imposible prever si el recién nacido viviría lo suficiente para que su aporte al ingreso familiar llegara a sentirse. Para los autores de la *Biblia*, la promesa que Dios le hiciera a Abraham –“multiplicaré tu descendencia como las estrellas del firmamento y como las arenas del mar”– era indudablemente una bendición, mientras

que muchos de nuestros contemporáneos la tomarían más bien como una amenaza o una maldición, por no decir ambas.

Hubo épocas (cuando la fortuna familiar pasaba de generación en generación a lo largo del árbol genealógico y de acuerdo con los parámetros hereditarios de la sociedad) en que los hijos constituían un puente entre la mortalidad y la inmortalidad, entre la vida individual, abominablemente corta, y una (anhelada) duración infinita a través del linaje. Morir sin hijos implicaba no construir ese puente jamás. La muerte de un hombre sin hijos (aunque no necesariamente la de una mujer sin hijos, a menos que se tratara de una reina o algo similar) implicaba la muerte de un linaje: haber descuidado la mayor de las responsabilidades, dejar incumplida la tarea más imperiosa.

Con la nueva fragilidad de las estructuras familiares, con familias con esperanza de vida mucho más corta que la expectativa de vida individual de cualquiera de sus integrantes, cuando la pertenencia a un linaje familiar particular se convierte rápidamente en uno de los “indefinibles” de nuestra moderna era líquida, y la filiación a alguna de las muchas redes de linajes disponibles se transforma para cada vez más personas en una cuestión de elección de tipo revocable y hasta nuevo aviso, un hijo puede aun ser un “puente” hacia algo más perdurable. Pero esa otra orilla hacia la cual conduce el puente está cubierta de una bruma que nadie tiene la esperanza de disipar, y por lo tanto es improbable que despierte grandes emociones, y menos probable aún que llegue a inspirar un deseo que mueva a la acción. Si una súbita ráfaga de viento disipara esa bruma, nadie sabe bien qué clase de costa dejaría al descubierto, tal vez no sea un terreno suficientemente firme como para sostener un hogar permanente. Puentes que no conducen a ninguna parte, o a ninguna parte en particular... ¿Quién los quiere? ¿Para qué? ¿Quién desperdiciaría tiempo y dinero en diseñarlos y construirlos?

**EN NUESTRA ÉPOCA, LOS HIJOS SON, ANTE TODO Y FUNDAMENTALMENTE, UN OBJETO DE CONSUMO EMOCIONAL.**

Los objetos de consumo sirven para satisfacer una necesidad, un deseo o las ganas del consumidor. Los hijos también. Los hijos son deseados por las alegrías del placer paternal que se espera que brinden, un tipo de alegría que ningún otro objeto de consumo, por ingenioso y sofisticado que sea, puede ofrecer. Para desconsuelo de los practicantes del consumo, el mercado de bienes y servicios no es capaz de ofrecer sustitutos válidos, si bien ese desconsuelo se ve al menos compensado por la incesante expansión que el mundo del comercio gana con la producción y mantenimiento de los hijos en sí.

**CUANDO SE TRATA DE OBJETOS DE CONSUMO, LA SATISFACCIÓN ESPERADA TIENDE A SER MEDIDA EN FUNCIÓN DEL COSTO: SE BUSCA LA RELACIÓN “COSTO-BENEFICIO”.**

Los hijos son una de las compras más onerosas que un consumidor promedio puede permitirse en el transcurso de toda su vida. En términos puramente monetarios, los hijos cuestan más que un lujoso automóvil último modelo, un crucero alrededor del mundo e, incluso, más que una mansión de la que uno pueda jactarse. Lo que es peor, el costo total probablemente aumente a lo largo de los años y su alcance no puede ser fijado de antemano ni estimado con el menor grado de certeza. En un mundo que ya no es capaz de ofrecer caminos profesionales confiables ni empleos fijos, con gente que salta de un proyecto a otro y se gana la vida a medida que va cambiando, firmar una hipoteca con cuotas de valor desconocido y a perpetuidad implica exponerse a un nivel de riesgo atípicamente elevado y a una prolífica fuente de miedos y ansiedades. Uno tiende a pensarlo dos veces antes de firmar, y cuanto más se piensa, más evidentes se hacen los riesgos que implica, y

no hay deliberación interna ni indagación espiritual que logre disipar esa sombra de duda que está condenada a contaminar cualquier alegría futura. Por otra parte, en nuestros tiempos, tener hijos es una decisión, y no un accidente, circunstancia que suma ansiedad a la situación. Tener o no tener hijos es probablemente la decisión con más consecuencias y de mayor alcance que pueda existir, y por lo tanto es la decisión más estresante y generadora de tensiones a la que uno pueda enfrentarse en el transcurso de su vida.

Es más, no todos los costos son económicos, y aquellos que no lo son directamente no pueden ser evaluados o calculados en absoluto. Ponen en jaque todas las capacidades e inclinaciones de esta especie de operadores racionales que estamos entrenados para ser y nos esforzamos por ser. “Armar una familia” es como arrojarse de cabeza en aguas inexploradas de profundidad impredecible. Tener que renunciar o posponer otros seductores placeres consumibles de un atractivo aún no experimentado, un sacrificio en franca contradicción con los hábitos de un prudente consumidor, no es su única consecuencia posible.

Tener hijos implica sopesar el bienestar de otro, más débil y dependiente, implica ir en contra de la propia comodidad. La autonomía de nuestras propias preferencias se ve comprometida una y otra vez, año tras año, diariamente. Uno podría volverse, horror de los horrores, alguien “dependiente”. Tener hijos puede significar tener que reducir nuestras ambiciones profesionales, “sacrificar nuestra carrera”, ya que los encargados de juzgar nuestro rendimiento profesional nos mirarían con recelo ante el menor signo de lealtades divididas. Lo que es más doloroso aún, tener hijos implica aceptar esa dependencia de lealtades divididas por un período de tiempo indefinido, y comprometerse irrevocablemente y con final abierto sin cláusula de “hasta nuevo aviso”, un tipo de obligación que va en contra del germen mismo de la moderna política de vida líquida y que la

mayoría de las personas evitan celosamente en todo otro aspecto de sus vidas. Despertar a ese compromiso puede ser una experiencia traumática. La depresión postnatal y las crisis maritales (o de pareja) posparto parecen ser dolencias “líquidas modernas” específicas, así como la anorexia, la bulimia e innumerables formas de alergia.

**LAS ALEGRÍAS DE LA PATERNIDAD VIENEN EN UN SOLO Y MISMO PAQUETE CON LOS SINSABORES DEL AUTOSACRIFICIO Y EL TEMOR A PELIGROS DESCONOCIDOS.**

El cálculo frío y confiable de las pérdidas y ganancias permanece con obstinación y contumacia fuera del alcance y comprensión de los futuros padres.

Toda adquisición realizada por un consumidor implica riesgos, pero los vendedores de otros bienes de consumo, y en particular de aquellos mal llamados “durables”, se desviven por asegurar a los posibles clientes que los riesgos que están corriendo han sido reducidos al mínimo. Ofrecen garantías, garantías ampliadas (aun cuando muy pocos de ellos puedan dar fe de que la empresa que las ofrece sobrevivirá al plazo de la garantía en cuestión, y prácticamente ninguno de ellos sea capaz de asegurar a los clientes que el atractivo que ofrece hoy el producto adquirido, y que evita que termine en una bolsa de residuos, no se desvanecerá antes de que esa misma garantía expire), garantías de reembolso y promesas de reparaciones a perpetuidad. Por creíbles y confiables que esas garantías puedan ser, ninguna es válida cuando se trata del nacimiento de un hijo.

No es extraño, entonces, que los institutos de investigación médica y las clínicas de fertilidad desborden de dinero como las empresas comerciales. La demanda de seguridades que ofrezcan reducir los riesgos endémicos propios del nacimiento de todo hijo a niveles al menos comparables con los de cualquier otro producto de venta en mostrador es potencialmente infinita. Las compa-

ñías que ofrecen la posibilidad de “elegir un hijo de un catálogo de atractivos donantes” y las clínicas que realizan a pedido de sus clientes el mapa genético de un niño que todavía no ha nacido no deben preocuparse ni por la falta de clientes interesados ni por la escasez de negocios lucrativos.

Resumiendo: la archiconocida brecha que separa al sexo de la reproducción cuenta con la asistencia del poder. Es un subproducto de la condición líquida de la vida moderna y del consumismo como única y exclusiva estrategia disponible para “procurarse soluciones biográficas para problemas producidos socialmente” (Ulrich Beck). Como resultado de la combinación de estos dos factores, el tema de la reproducción y el nacimiento de los hijos se aleja de la cuestión del sexo e ingresa en una esfera totalmente diferente, que opera según una lógica y un conjunto de reglas por completo diferente de las que rigen la actividad sexual. El desconocimiento del *homo sexualis* está predeterminado.

**ANTICIPÁNDOSE AL ESQUEMA QUE HABRÍA DE PREVALECER EN NUESTROS TIEMPOS, ERICH FROMM INTENTÓ EXPLICAR LA ATRACCIÓN POR EL “SEXO EN SÍ MISMO” (EL SEXO “POR DERECHO PROPIO”, LA PRÁCTICA DEL SEXO SEPARADA DE SUS FUNCIONES ORTODOXAS), CARACTERIZÁNDOLO COMO UNA RESPUESTA (EQUÍVOCA) AL SIEMPRE HUMANO “ANHELO DE FUSIÓN COMPLETA” A TRAVÉS DE UNA “ILUSIÓN DE UNIÓN”.<sup>2</sup>**

Unión, ya que eso es exactamente lo que hombres y mujeres buscan denodadamente en su intento por escapar de la soledad que sienten o temen sentir. Ilusión, ya que la unión alcanzada durante el breve instante del orgasmo “deja a los desconocidos tan alejados como lo estaban antes” de modo

2 Erich Fromm: *El arte de amar*. Buenos Aires, Paidós, 2000.



La modelo,  
de Támara de  
Lempicka,  
óleo sobre lienzo,  
Milán, 1925.



tal que “sienten su extrañamiento aún más profundamente que antes”. Al cumplir ese rol, el orgasmo sexual “cumple una función no demasiado diferente del alcoholismo o la adicción a las drogas”. Como ellos, es intenso, pero “transitorio y periódico”.

La unión es ilusoria y la experiencia está condenada finalmente a la frustración, dice Fromm, porque esa unión está separada del amor (separada, permítanme explicarlo, de una relación de tipo *fürsein*, de una relación que se pretende como un compromiso indefinido y duradero con respecto al bienestar del otro). Según esta visión de Fromm, el sexo sólo puede ser un instrumento de fusión *genuina*, —y no una *impresión* efímera, artera y en definitiva autodestructiva de fusión— en conjunción con el amor. Toda capacidad generadora de unión que el sexo pueda tener se desprende de su conjunción con el amor.

**DESDE LA ÉPOCA EN QUE FROMM ESCRIBIÓ SUS TEXTOS, EL SEXO SE HA AISLADO PROGRESIVAMENTE DE LOS OTROS ASPECTOS DE LA VIDA COMO NUNCA ANTES.**

Hoy el sexo es el epítome mismo, y quizás el arquetipo secreto y silencioso, de la “relación pura” (sin lugar a duda un oxímoron, ya que las relaciones humanas tienden a llenar, contaminar y modificar hasta el último rincón, por remoto que sea, de la *Lebenwelt*, y por lo tanto no son precisamente “puras”) que, como sugiere Anthony Giddens, se ha convertido en el modelo predominante, en la meta ideal de las relaciones humanas. Actualmente se espera que el sexo sea autosuficiente y autónomo, que se “sostenga sobre sus propios pies”, y es sólo valuable en razón de la gratificación que aporta por sí mismo (si bien por lo general no alcanza a colmar las expectativas de satisfacción que nos prometen los medios). No es raro, entonces, que su capacidad para generar frustración y para exacerbar esa misma sensación de extrañamiento que supuestamente debía sanar hayan

Retrato del marqués de Afflito, Támara de Lempicka, óleo sobre lienzo, 1925.

crecido enormemente. La victoria del sexo en la gran guerra de la independencia ha sido, a lo sumo, una victoria pírrica. La pócima maravillosa parece estar produciendo dolores y sufrimientos no menos numerosos y probablemente más agudos que aquellos que prometía remediar.

**LA ORFANDAD Y EL DESCONSUELO FUERON CELEBRADOS BREVEMENTE EN CUANTO LIBERACIÓN DEFINITIVA DEL SEXO DE LA PRISIÓN EN QUE LA SOCIEDAD PATRIARCAL, PURITANA, AGUAFIESTAS, PACATA, HIPÓCRITA Y RÍGIDAMENTE VICTORIANA LO HABÍAN ENCERRADO.**

Por fin había una relación pura de toda pureza, un encuentro que no servía a otro propósito que el del placer y el goce. Un sueño de felicidad sin ataduras, una felicidad sin temor a efectos secundarios y alegremente despreocupada de sus consecuencias, una felicidad de tipo “si no está completamente satisfecho, devuelva el producto y su dinero le será reembolsado”: la encarnación misma de la libertad, tal como lo han definido la sabiduría popular y las prácticas de la sociedad de consumo.

Está bien, y quizás sea incluso excitante y maravilloso, que el sexo se haya liberado hasta tal punto. El problema es cómo sostenerlo en su lugar una vez que hemos arrojado el contrapeso por la borda, cómo hacer que no se desmadre cuando ya no existen marcos disponibles. Volar liviano produce alegría, volar a la deriva es angustiante. El cambio es embriagador, la volatilidad es preocupante. ¿La insoportable levedad del sexo?

Volkmar Sigusch practica la psicología: atiende a diario a víctimas del “sexo puro”. Lleva un registro de sus quejas, y la lista de heridos que acuden en busca de la ayuda de expertos no deja de crecer. El resumen de sus hallazgos es sobrio y sombrío.

Todas las formas de relaciones íntimas en boga llevan la misma máscara de falsa

felicidad que en otro tiempo llevó el amor marital y luego el amor libre... A medida que nos acercamos para observar y retiramos la máscara, nos encontramos con anhelos insatisfechos, nervios destrozados, amores desengañados, heridas, miedos, soledad, hipocresía, egoísmo y repetición compulsiva... El rendimiento ha reemplazado al éxtasis, lo físico está de moda, lo metafísico no... Abstinencia, monogamia y promiscuidad están alejadas por igual de la libre vida de la sensualidad que ninguno de nosotros conoce.

Las consideraciones técnicas no se llevan bien con las emociones. Preocuparse por el rendimiento no deja ni lugar ni tiempo para el éxtasis. El camino de lo físico no conduce hacia la metafísica. El poder seductor del sexo solía emanar de la emoción, el éxtasis y la metafísica, tal y como lo haría hoy, pero el misterio ha desaparecido y, por lo tanto, los anhelos sólo pueden quedar insatisfechos...

Cuando el sexo significa un evento fisiológico del cuerpo y la “sensualidad” no evoca más que una sensación corporal placentera, el sexo no se libera de sus cargas supernumerarias, superfluas, inútiles y agobiantes. Muy por el contrario, se *sobrecarga*. Se desborda sin ninguna expectativa que no sea la de simplemente cumplir.

Las íntimas conexiones del sexo con el amor, la seguridad, la permanencia, la inmortalidad gracias a la continuación del linaje, no eran al fin y al cabo tan inútiles y restrictivas como se creía, se sentía y se alegaba. Esas viejas y supuestamente anticuadas compañeras del sexo eran quizás sus apoyos necesarios (necesarios no en cuanto a la perfección técnica del rendimiento, sino por su potencial de gratificación). Quizás las contradicciones que la sexualidad entraña endémicamente no sean más fáciles de resolver (mitigar, diluir, neutralizar) en ausencia de sus “ataduras”. Quizás esas ataduras no eran pruebas del malentendido o el fracaso cultural, sino logros del ingenio cultural.

LA MODERNA RACIONALIDAD LÍQUIDA  
RECOMIENDA LOS ABRIGOS LIVIANOS Y  
CONDENA LAS CORAZAS DE ACERO.

La moderna razón líquida ve opresión en los compromisos duraderos; los vínculos durables despiertan su sospecha de una dependencia paralizante. Esa razón le niega sus derechos a las ataduras y los lazos, sean espaciales o temporales. Para la moderna racionalidad líquida del consumo, no existen ni necesidad ni uso que justifiquen su existencia. Las ataduras y los lazos vuelven “impuras” las relaciones humanas, tal y como sucedería con cualquier acto de consumo que proporcione satisfacción instantánea así como el vencimiento instantáneo del objeto consumido. Los abogados defensores de las “relaciones impuras” deben enfrentar una lucha sin cuartel para tratar de convencer a los miembros del jurado y ganar su causa.

Sigusch cree que tarde o temprano “los deseos y anhelos que escapan a las garras de la racionalidad” harán su regreso -vengativo-, y cuando lo hagan, no seremos capaces de responder “sin recurrir al uso de conceptos referentes a instintos naturales y valores eternos que han sido corrompidos, histórica y políticamente, hasta el tuétano”.

Sin embargo, cuando esto suceda, según augura o presagia Sigusch, será necesario apelar a mucho más que a una mera visión nueva del sexo y de las expectativas que pueden ser legítimamente puestas en el acto sexual. Apelará nada menos que a la exclusión del sexo de la soberanía del racionalismo consumista. Y quizás más aún: exigirá que el racionalismo consumista sea privado y despojado de su actual soberanía sobre los móviles y estrategias de las políticas de vida del ser humano. Todo esto, sin embargo, implicaría un cambio mucho mayor del que puede esperarse razonablemente en un futuro cercano.

“LOS DESEOS Y ANHELOS QUE ESCAPAN  
DE LA GARRA DE LA RACIONALIDAD”  
(PARA SER MÁS EXACTOS, DE LA

RACIONALIDAD LÍQUIDA CONSUMISTA MODERNA) ERAN INSEPARABLES Y ESTABAN INDISOLUBLEMENTE UNIDOS AL SEXO, YA QUE EL SEXO, COMO OTRAS ACTIVIDADES HUMANAS, ESTABA ENTRELAZADO A UN MODELO DE VIDA PRODUCTIVA.

Según ese modelo, ni el amor “hasta que la muerte nos separe” ni construir puentes hacia la eternidad ni la aceptación de “ser un rehén del destino” ni los compromisos sin retorno eran redundantes, y menos aún percibidos como opresivos o limitantes. Por el contrario, solían ser los “instintos naturales” del *homo faber*, así como en la actualidad se oponen a los instintos igualmente “naturales” del *homo consumens*. Tampoco eran en modo alguno “irracionales”. Por el contrario, eran los pertrechos o manifestaciones obligadas y necesarias de la racionalidad del *homo faber*. El amor y el deseo de procrear eran compañeros indispensables del sexo del *homo faber*, así como las uniones duraderas que ese amor y deseo ayudaban a crear eran los “productos principales”, y no “efectos colaterales”, y menos aún los desechos o despojos de los actos sexuales.

Algo se gana, algo se pierde. Cada logro tiene su precio.

Por horrorosas y revulsivas que nos resulten las pérdidas sufridas y los precios pagados cuando los recordamos, las pérdidas que soportamos hoy y los precios a pagar mañana es lo que más nos preocupa y entristece. No tiene sentido comparar los males pasados con los presentes ni tratar de discernir cuál de ambos es más insoportable. Cada angustia hiere y atormenta en su propia época.

Las agonías actuales del *homo sexualis* son las del *homo consumens*. Nacieron juntas. Y si alguna vez desaparecen, lo harán marchando codo a codo.

LA CAPACIDAD SEXUAL FUE LA  
HERRAMIENTA DEL HOMO FABER  
UTILIZADA EN LA CONSTRUCCIÓN Y EL

#### MANTENIMIENTO DE LAS RELACIONES HUMANAS.

Una vez desplegada en el proceso de construcción de los vínculos humanos, la necesidad/deseo sexual incitó al *homo sexualis* a ceñirse a la tarea y ver que fuera finalizada. Como en cualquier edificación, los constructores desearon que el resultado de sus esfuerzos fuera una construcción sólida, duradera e (idealmente) confiable para siempre. Como suele suceder, los constructores confiaron demasiado en sus capacidades de planificación como para preocuparse de los sentimientos de el/los futuro/s habitante/s. Al fin y al cabo, el respeto no es más que uno de los filos de la espada del cuidado; el otro es la opresión. La indiferencia y el desprecio son dos acantilados por los que se han despeñado las intenciones éticas más concienzudas, y los seres morales requieren de toda su atención y de sus habilidades de navegación para sortearlos y permanecer a salvo. Dicho esto, parecería sin embargo que la moralidad –ese *Fürsein* que dicta la responsabilidad sobre un Otro y que empieza a operar una vez que esa responsabilidad ha sido tomada– estaba hecha a la medida del *homo faber*, con todos sus paisajes maravillosos y todas sus emboscadas, obstáculos y traicioneras desviaciones. Liberado de su tarea de constructor y receloso de los esfuerzos de la construcción, el *homo consumens* puede desplegar su potencial sexual en modos novedosos e imaginativos. El *Fürsein*, sin embargo, no es uno de ellos.

#### EL CONSUMISMO NO ES ACUMULAR BIENES (QUIEN REÚNE BIENES DEBE CARGAR TAMBIÉN CON VALIJAS PESADAS Y CASAS ATESTADAS), SINO USARLOS Y DISPONER DE ELLOS DESPUÉS DE UTILIZARLOS A FIN DE HACER LUGAR PARA NUEVOS BIENES Y SU USO RESPECTIVO.

La vida del consumidor invita a la liviandad y a la velocidad, así como a la novedad y variedad que se espera que éstas alimenten y proporcionen. La medida del

éxito en la vida del *homo consumens* no es el volumen de compras, sino el balance final.

La vida útil de los bienes por lo general sobrevive a la utilidad que tienen para el consumidor. Pero si son usados repetidamente, los bienes adquiridos frustran la búsqueda de la variedad, y el uso sostenido hace que pierdan su lustre y su brillo. Pobres aquellos que, por escasez de recursos, están condenados a usar bienes que ya no prometen sensaciones nuevas e inexploradas. Pobres aquellos que por la misma razón quedan pegados a uno solo de esos bienes sin poder acceder a la variedad aparentemente inagotable que los rodea. Ellos son los excluidos de la sociedad de los consumidores, son los consumidores fallidos, los inadecuados e incompetentes, los fracasados. Son los hambrientos consumidos en medio de la opulencia del festín consumista.

Aquellos que no necesitan aferrarse a sus posesiones durante mucho tiempo, por cierto no el suficiente como para permitir que el tedio se instale, están en la cima. En la sociedad de consumo, la imagen del éxito es la del prestidigitador. Si no fuera el anatema de los proveedores de bienes de consumo, los consumidores fieles a su destino e idiosincrasia se acostumbrarían más a alquilar las cosas que a comprarlas. A diferencia de los vendedores de bienes, las empresas de alquiler anuncian la apetecible promesa de reemplazar regularmente los objetos alquilados por modelos de última generación. Los vendedores, para no verse desplazados, prometen la devolución del dinero si el cliente “no está plenamente satisfecho” y (con la esperanza de que la gratificación que proporciona no se evapore tan rápidamente) si el producto adquirido es devuelto dentro de, digamos, diez días.

La “purificación” del sexo permite que la práctica sexual se adapte a esos patrones tan avanzados de compra/alquiler. El sexo puro es considerado como cierta forma de garantía confiable de reembolso económico, y los compañeros de un “encuentro puramente

sexual” pueden sentirse seguros, sabiendo que la ausencia de “ataduras” compensa la molesta fragilidad de su compromiso.

Gracias a una astuta estratagema publicitaria, el significado vernáculo de “sexo seguro” ha sido reducido en los últimos tiempos al uso de condones. La campaña no sería un éxito comercial de tamaño magnitud si no tocara el nervio sensible de millones de personas que desean que sus proezas sexuales estén garantizadas contra consecuencias indeseables (en cuanto incontrollables). Se trata, después de todo, de la estrategia general de una promoción que pretende presentar el producto ofrecido como la solución esperada a las preocupaciones que vienen atormentando a los potenciales compradores o que han sido recientemente fabricadas para adecuarse a sus perspectivas publicitarias.

Con demasiada frecuencia, la publicidad sustituye una parte por el todo: las ventas sacan provecho de la angustia, y su rédito está muy por encima de la capacidad sanadora publicitada del producto en cuestión. De hecho, usar condón protege a los compañeros sexuales de la infección del VIH. Pero esa infección no es más que una de entre un número de imprevisibles y ciertamente innegociables consecuencias de un encuentro sexual que hacen que el *homo sexualis* desee que el sexo sea “seguro”. Ya fuera de su estrecho y fuertemente custodiado puerto y habiéndose adentrado en aguas inexploradas, el sexo comenzó a ser percibido como algo decididamente “inseguro” mucho antes de que el descubrimiento del SIDA se convirtiera en foco y etiqueta de temores difusos e innominados.

El más aterrador de ellos se desprende de la ambigüedad del encuentro sexual: ¿se trataba del primar paso hacia una relación o era su coronación y su término? ¿Una etapa de una sucesión significativa o un episodio único? ¿El medio para un fin o un acto que se agotaba en sí mismo? Por muchos esfuerzos que se hagan, ninguna unión de los cuerpos puede escapar del marco social y des-

pegarse de cualquier conexión con los demás aspectos de la existencia social. El sexo, despojado de su antigua posición e implicaciones sociales, cristalizó la terrible y alarmante incertidumbre que habría de convertirse en la mayor pesadilla de la moderna vida líquida.

Las atribuciones de los compañeros sexuales se han convertido en la principal fuente de ansiedad. ¿Qué tipo de compromiso, si es que lo hay, establece la unión de los cuerpos? ¿De qué manera, si es que de alguna, compromete el futuro de ellos? ¿Es posible mantener el encuentro sexual aislado del resto de los objetivos de vida, o acaso se invadirá (tenderá a hacerlo, se permitirá que lo haga) el resto de los aspectos de la vida, saturándola y transformándola?

La unión sexual tiene por sí misma una vida breve: en la vida de los implicados es un *episodio*. Como señala Milan Kundera, un episodio “no es ni una consecuencia inevitable de una acción precedente, ni causal de lo que sigue”.<sup>3</sup> La inmaculada concepción de la esterilidad de la eyaculación, su esencial carácter no contagioso, contribuye a la belleza del episodio, y por lo tanto a la belleza del encuentro sexual en sí, siempre y cuando no deje de ser un episodio. Sin embargo, el incordio radica en que “nadie puede garantizar que un evento absolutamente episódico no entrañe el poder de algún día convertirse en la causa inesperada de futuros acontecimientos”. Ningún episodio está a salvo de sus consecuencias. La inseguridad consecuente es eterna. La incertidumbre jamás se disipará completa e irrevocablemente. Sólo puede ser suspendida durante un tiempo de duración desconocida, pero esa suspensión está asimismo infectada de dudas y se transforma, por lo tanto, en una nueva fuente de irritante inseguridad.

3 Milan Kundera: *La inmortalidad*. Barcelona, Tusquets, 1997.

PODRÍA DECIRSE QUE EL MATRIMONIO ES LA ACEPTACIÓN DE QUE LOS ACTOS TIENEN CONSECUENCIAS (AL MENOS EXISTE UNA DECLARACIÓN DE INTENCIÓN DE ACEPTARLO MIENTRAS DURA EL VÍNCULO), HECHO QUE ENCUENTRA SU NEGACIÓN EN LOS ENCUENTROS CASUALES.

En ese caso, la ambigüedad queda resuelta, y la incertidumbre es reemplazada por la certeza de que los actos tienen trascendencia más allá del lapso en el que ocurren y traen consecuencias que pueden ser más duraderas que sus causas. La incertidumbre es desterrada de la vida de los cónyuges y su retorno queda vedado hasta tanto no se considere la posibilidad de una separación.

¿Pero es posible desterrar la incertidumbre sin someterse a la condición matrimonial, un precio demasiado elevado que muchas parejas no están dispuestas a pagar? Como sugiere Kundera, si uno nunca puede estar seguro de que un episodio no fue de hecho más que un episodio, esto no es posible. Pero podemos seguir intentándolo, y lo hacemos, y por pocas que sean nuestras probabilidades de éxito, no cejamos en nuestros esfuerzos de volcar esas probabilidades a nuestro favor.

Los parisinos son famosos justamente por esto, por esforzarse más que nadie y con recursos más ingeniosos. En París, el *échangisme* (un novedoso término y, dada la nueva igualdad entre los sexos, más políticamente correcto para denominar el concepto bastante más viejo y con cierto resabio patriarcal de “intercambio de esposas”) parece haberse puesto de moda, convirtiéndose en el juego en boga y en tema favorito de conversación de todos.

*Les échangistes* matan dos pájaros de un tiro. Para empezar, aflojan un poco el cepo del compromiso marital gracias a un acuerdo que hace de las consecuencias algo menos relevante y, por lo tanto, de la incertidumbre generada por su oscuridad endémica, algo menos temible. En segundo lugar, hallan cómplices confiables en sus esfuerzos

por esquivar las acechantes y, por lo tanto, potencialmente molestas consecuencias de un encuentro sexual, ya que todos los interesados, habiendo participado del evento, unen sus esfuerzos por evitar que el episodio se desborde de su marco.

Como estrategia para luchar contra el espectro de la incertidumbre que todo episodio sexual entraña, el *échangisme* ostenta una ventaja distintiva por sobre las “camas de una noche” y otros encuentros ocasionales y de corta vida por el estilo. Aquí, la protección contra las consecuencias indeseables es responsabilidad y preocupación de otra persona, y en el peor de los casos no es una empresa solitaria, sino una tarea compartida con aliados poderosos y comprometidos. La ventaja del *échangisme* por sobre el simple “adulterio extramatrimonial” es notoriamente ostensible. Ninguno de los *échangistes* es traicionado, los intereses de nadie se ven amenazados, y según el modelo ideal de “comunicación no distorsionada” de Habermas, todos son participantes. El *ménage à quatre* (o seis, ocho, etc., cuantos más sean mejor) está a salvo de todas las pestes y deficiencias que, como sabemos, son la ruina del *ménage à trois*.

Tal como podría esperarse cuando una empresa se propone ahuyentar el fantasma de la inseguridad, el *échangisme* busca el amparo de las instituciones contractuales y el apoyo de la ley. Uno se convierte en *échangiste* uniéndose a un club, firmando un formulario, prometiendo obedecer las reglas (con la esperanza de que todos los demás hayan hecho lo mismo) y obteniendo un carné de membresía que franquea la entrada y asegura que quienes están adentro son jugadores y juego a la vez. Como probablemente todos los que se encuentran en el interior están al tanto del objetivo de ese club y de sus reglas, y se han comprometido a seguirlas, toda discusión o uso de la fuerza, toda búsqueda de consentimiento, los azares de la seducción y demás torpezas y precariedades preliminares de resultado incierto se vuelven redundantes.

O así lo parece, por lo menos du-

rante un tiempo. Las convenciones del *échangisme*, como lo prometían en una época las tarjetas de crédito, pueden facilitar el deseo sin demora. Al igual que las más recientes innovaciones tecnológicas, acortan la distancia entre las ganas y su satisfacción, y aceleran y facilitan el pasaje de una a otra. Pueden también impedir que uno de los miembros reclame beneficios que excedan los de un encuentro episódico.

¿Pueden sin embargo defender al *homo sexualis* de sí mismo? Los anhelos insatisfechos, las frustraciones amorosas, el temor a la soledad y a ser herido, la hipocresía y la culpa, ¿pueden dejarse atrás después de haber visitado este club? ¿Pueden encontrarse allí intimidad, alegría, ternura, afecto y amor propio? Bueno, uno de los miembros podría decir y de buena fe: “esto es sexo, estúpido, aquí nada de todo eso importa”. Pero si él o ella tienen razón, ¿acaso el sexo importa? O más bien, y citando a Sigusch, si la esencia de la actividad sexual es producir placer instantáneo, “entonces, ya no es importante lo que se hace, sino simplemente *que* suceda”.

**AL COMENTAR EL INFLUYENTE TEXTO DE JUDITH BUTLER,<sup>4</sup> SIGUSCH SEÑALA QUE “SEGÚN LAS TEÓRICAS MUJERES QUE HOY MARCAN EL RITMO DEL DISCURSO SOBRE LOS GÉNEROS, TANTO EL SEXO COMO EL GÉNERO ESTÁN ENTERAMENTE DETERMINADOS POR LA CULTURA, CARECEN DE TODA NATURALEZA NATURAL Y SON, POR LO TANTO, ALTERABLES, TRANSITORIOS Y SUSCEPTIBLES DE SER SUBVERTIDOS”.**

Sin embargo, parece que la oposición entre naturaleza y cultura no es el mejor marco dentro del cual inscribir los dilemas actuales de la encrucijada sexo/género. La

verdadera discusión es hasta qué punto los diversos tipos de inclinaciones/preferencias/identidades sexuales son flexibles, alterables y dependientes de la elección del sujeto. Pero las oposiciones entre naturaleza y cultura y entre “es un tema de elección” y “los seres humanos no pueden evitarlo ni hacer nada al respecto”, ya no se superponen como lo hicieron durante la mayor parte de la historia moderna y hasta no hace mucho tiempo. En el discurso popular, cultura significa cada vez más esa parte heredada de la identidad que no puede ni debe ser molestada (sin riesgo para quien se meta con ella), mientras que los rasgos y atributos tradicionalmente clasificados como “naturales” (hereditarios, genéticamente transmitidos) suelen ser considerados como dóciles a la manipulación humana y, por lo tanto, de libre elección, una elección de la cual, como sucede con toda elección, la persona se deberá sentir responsable y así lo será ante los ojos de los demás.

En consecuencia, no importa tanto si las preferencias sexuales (articuladas como “identidad sexual”) son “atributos naturales” o “constructos culturales”. Lo que importa es saber si depende del *homo sexualis* determinar (descubrir o inventar) cuál (o cuáles) de esa multitud de identidades sexuales posibles le resulta mejor, o si, como el *homo sapiens* frente a su “comunidad de nacimiento”, él o ella están constreñidos a aceptar ese destino y vivir sus vidas de manera tal de poder convertir a ese destino inalterable en una vocación personal.

Cualquiera que sea el vocabulario utilizado para articular las actuales desventuras del *homo sexualis*, y cualesquiera que sean las intervenciones médicas o genéticas de autoentrenamiento y autodescubrimiento consideradas como el camino correcto hacia una identidad sexual propia/deseable, el punto crucial sigue siendo la “alterabilidad”, transitoriedad y revocabilidad de todas ellas. La vida del *homo sexualis* está, por lo tanto, plagada de angustias. Existe siempre la sospecha -por más que sea posible anestesiarla

4 Judith Butler: *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires, Paidós, 2002.

durante un tiempo de que estamos viviendo en la mentira o el error, de que algo de importancia crucial se nos ha escapado, perdido o traspapelado, de que algo hemos dejado sin explorar o intentar, de que existe una obligación vital para con nuestro yo genuino que no hemos cumplido, o de que alguna posibilidad de felicidad desconocida y completamente diferente de la experimentada hasta el momento se nos ha ido de entre las manos o está a punto de desaparecer para siempre si no hacemos algo al respecto.

El *homo sexualis* está condenado a permanecer en la incompletud y la insatisfacción, incluso a una edad en la que en otros tiempos el fuego sexual se habría apagado rápidamente pero que hoy es posible azuzar con la ayuda conjunta de milagrosos regímenes para estar en forma y drogas maravillosas. Este viaje no tiene fin, el itinerario es modificado en cada estación, y el destino final es una incógnita a lo largo de todo el recorrido.

96

LA INDEFINICIÓN, INCOMPLETUD Y REVOCABILIDAD DE LA IDENTIDAD SEXUAL (ASÍ COMO DE TODOS LOS OTROS ASPECTOS DE LA IDENTIDAD EN UN MODERNO ENTORNO LÍQUIDO) SON A LA VEZ EL VENENO Y SU ANTÍDOTO COMBINADOS EN UNA SUPERPODEROSA DROGA ANTITRANQUILIZANTE.

La conciencia de esta ambivalencia es enervante y entraña ansiedades sin límite: es la madre de una incertidumbre que sólo puede ser apaciguada temporalmente pero nunca extinguida por completo. Toda condición elegida/alcanzada se ve corroída por dudas acerca de su pertinencia o sensatez. Pero a la vez protege contra la humillación de la mediocridad y el fracaso. Si la felicidad prevista no llega a materializarse, siempre está la posibilidad de echarle la culpa a una elección equivocada antes que a nuestra incapacidad para vivir a la altura de las oportunidades que se nos ofrecen. Siempre está la posibilidad de

salirse del camino antes escogido para alcanzar la dicha y volver a empezar, incluso desde cero, si el pronóstico nos parece favorable.

El efecto combinado de veneno y antídoto mantiene al *homo sexualis* en perpetuo movimiento, empujándolo (“este tipo de sexualidad no logró llevarme al clímax de la experiencia que supuestamente debía alcanzar”) y tirando de él (“he oído hablar de otros tipos de sexualidad, y están al alcance de la mano; sólo es cuestión de decidirse y tener ganas”).

El *homo sexualis* no es un estado y menos aún un estado permanente e inmutable, sino un proceso, minado de ensayos y errores, de azarosos viajes de descubrimiento y hallazgos ocasionales, salpicado de incontables traspies, de duelos por las oportunidades desperdiciadas y de la alegría anticipada de los suculentos platos por venir.

EN SU ENSAYO ACERCA DE LA MORALIDAD SEXUAL “CIVILIZADA”<sup>5</sup>, SIGMUND FREUD SUGIERE QUE LA CIVILIZACIÓN DESCANSA EN GRAN MEDIDA EN LA EXPLOTACIÓN Y EL DESPLIEGUE DE LA CAPACIDAD HUMANA NATURAL DE “SUBLIMAR” EL INSTINTO SEXUAL: “DE CAMBIAR EL OBJETIVO SEXUAL ORIGINAL POR OTRO”, EN PARTICULAR POR UNA CAUSA DE UTILIDAD SOCIAL.

Para lograr ese efecto, las válvulas de escape “naturales” de los instintos sexuales (tanto autoeróticos como objeto-eróticos) son reprimidos: directamente cortados o, al menos, bloqueados parcialmente. Ese impulso sexual no utilizado ni explotado es entonces redirigido por conductos socialmente construidos hacia blancos socialmente construidos. “Las fuerzas que pueden ser empleadas para actividades culturales se obtienen entonces y en gran medida gracias a la supre-

5 Sigmund Freud: “La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna”. En *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1992, tomo 9.

sión de lo que conocemos como elementos *perversos* de la excitación sexual.”

Después de Derrida estamos autorizados a sospechar la fatal circularidad de esta última proposición. Ciertos “elementos de la excitación sexual” son conocidos como “perversos” porque se resisten a ser suprimidos y, por lo tanto, no pueden ser empleados en las así definidas actividades culturales (vale decir, útiles). Más aún, y por el contrario, para el *homo sexualis* insertado en un moderno entorno líquido, el límite que separa las manifestaciones del instinto sexual “sanas” de las “perversas” está prácticamente desdibujado. Toda forma de actividad sexual no sólo es tolerada, sino, y con frecuencia, es recomendada como terapia útil para el tratamiento de cualquier dolencia psicológica. Las actividades sexuales son cada vez más aceptadas en cuanto vías de legítima búsqueda de la felicidad individual, y son exhortadas a ser exhibidas en público. (La pedofilia y la pornografía infantil son quizás las únicas válvulas de escape del impulso sexual aún unánimemente denunciadas como perversas. En ese sentido, sin embargo, Sigusch comenta cáustica pero acertadamente que el secreto de ese consenso tan curioso radica en el hecho de que oponerse a la pornografía infantil “apenas nos obliga a usar algo del aceite del humanismo que en el pasado lubricó con tanta eficacia las ruedas de la violencia. Sin embargo, son muy pocos los que están seriamente a favor de programas capaces de salvar la vida de los niños, ya que dichos programas son onerosos en términos de dinero y comodidad, e implican la adopción de un estilo de vida diferente.”)

En nuestra moderna era líquida, los poderosos ya no parecen interesados en trazar la línea que separa al sexo “correcto” del “perverso”. La razón quizás sea la brusca caída de la demanda de energía sexual disponible para tareas al servicio de la “causa civilizadora” (léase producción de disciplina sobre patrones de comportamiento rutinario funcional en una sociedad de productores),

un punto de partida que Freud, a principios del siglo pasado, difícilmente hubiera podido adivinar o vislumbrar.

Ya no es necesario disfrazar los objetos “socialmente útiles” ofrecidos para la descarga sexual con la máscara de “causas culturales”: pavonean su sexualidad endémica o artificial orgullosa y, por sobre todo, provechosamente. Pasada la época en la cual la energía sexual debía ser sublimada para que la línea de ensamblaje de automóviles no se cortara, llegó una era en la que energía sexual debió ser fogueada, debió tener la libertad de elegir la válvula de escape que tuviera más a mano y debió ser incitada a entregarse desenfrenadamente a ella, de modo tal que los automóviles que salían de la línea de ensamblaje pudieran ser luego codiciados como objeto sexual.

Parece que el lazo entre la sublimación del instinto sexual y su represión, según Freud, condición indispensable del pacto social, se ha roto. La moderna sociedad líquida ha encontrado una manera de explotar la tendencia/docilidad para sublimar los instintos sexuales sin necesidad de reprimirlos, o al menos limitando radicalmente el alcance de dicha represión. Esto sucedió gracias a una progresiva desregulación de los procesos de sublimación, hoy difusos, dispersos y en permanente cambio de dirección, que ya no son impulsados por presiones coercitivas, sino por la seducción de los objetos de deseo sexual disponibles.

#### COMMUNITAS EN VENTA

**CUANDO LA CALIDAD NOS DEFRAUDA,  
BUSCAMOS LA SALVACIÓN EN LA CANTIDAD.  
CUANDO LA DURACIÓN NO FUNCIONA,  
PUEDE REDIMIRNOS LA RAPIDEZ DEL  
CAMBIO.**

Si usted se siente incómodo en este mundo líquido, perdido en medio de una profusión de signos contradictorios que pare-

cen moverse de un lado a otro como si tuvieran ruedas, consulte a uno de esos expertos cuyos servicios jamás han sido tan solicitados y cuya variedad y cantidad jamás ha sido tan amplia.

Los adivinos y astrólogos de eras pasadas solían decirles a sus clientes lo que el destino inexorable, inapelable e implacable les deparaba sin importar lo que hicieran o dejaran de hacer. Los expertos de nuestra moderna era líquida muy probablemente responsabilizarán a sus desconcertados y perplejos clientes.

Los consultantes verán entonces que sus angustias remiten a sus acciones e inacciones, y deberán buscar (y sin duda encontrarán) los errores de su proceder: insuficiente autoestima, desconocimiento de sí mismos, conductas negligentes, apego exagerado a antiguas rutinas, lugares o personas, falta de entusiasmo por el cambio y reticencia a éste una vez que ya se ha producido. Los consejeros recomendarán más amor propio, seguridad y cuidado de uno mismo, y sugerirán a sus clientes que presten más atención a su capacidad interior para el goce y el placer, así como menos “dependencia” de los otros, menos atención a las exigencias de los otros y mayor distancia y frialdad a la hora de calcular pérdidas y ganancias. De ahí en más, los clientes que se aprenden la lección a conciencia y siguen el consejo al pie de la letra deberán preguntarse con mayor frecuencia “¿me sirve de algo?” y exigir con mayor determinación de sus parejas y del resto que les den “más espacio”, es decir, que se mantengan a distancia y que no esperen ingenuamente que los compromisos alguna vez contraídos tengan valor a perpetuidad.

No se deje atrapar. Evite los abrazos demasiado firmes. Recuerde: cuanto más profundos y densos sean sus lazos, vínculos y compromisos, mayor es el riesgo. No confunda una red –un entramado de caminos por los cuales deslizarse– con una tela de araña, ese objeto traicionero que sólo sirve para atraparnos.

Y por sobre todo, jamás lo olvide: ¡no hay nada peor que jugárselo todo a una sola carta!

### SU CELULAR SIEMPRE SUENA (O ESO SE ESPERA).

Un mensaje parpadea en la pantalla a la espera urgente de respuesta. Sus dedos están siempre ocupados: usted aprieta teclas, llama a nuevos números para contestar a sus llamadas o para enviar sus propios mensajes. Usted está conectado, aun si está en constante movimiento y aunque los invisibles remitentes y destinatarios de llamadas y mensajes también lo estén, cada uno siguiendo su propia trayectoria. Los celulares son para la gente que está en movimiento.

Uno jamás pierde de vista su celular. Su ropa deportiva tiene un bolsillo especial para contenerlo, y salir a correr con ese bolsillo vacío sería como salir descalzo. De hecho, usted no va a *ninguna parte* sin su celular (“ninguna parte” es, en realidad, un espacio sin celular, un espacio fuera del área de cobertura del celular, o un celular sin batería). Y una vez que usted tiene su celular, ya nunca está *afuera*. Uno siempre está *adentro*, pero jamás encerrado en ningún lugar. En el corazón de esa red de llamados y mensajes, uno es invulnerable. Los que nos rodean no pueden boicotearnos, y si lo intentan, nada de lo que es realmente importante cambiará.

El lugar donde uno esté, lo que esté haciendo y la gente que lo rodee es irrelevante. La diferencia entre un lugar y otro, entre un grupo de personas al alcance de nuestra vista y nuestro tacto y otro que no lo está ha sido cancelada, anulada y vaciada. Usted es el único punto estable en un universo de objetos móviles y (¡gracias a usted, gracias a usted!) también lo son sus extensiones: sus conexiones. Las conexiones permanecen ilesas a pesar de que los conectados estén en movimiento. Las conexiones son tierra firme entre arenas movedizas. Son algo con lo que se puede contar, y como uno confía en su

solidez, en el momento de recibir o enviar un mensaje o una llamada, uno puede dejar de preocuparse por el inestable y rangoso terreno que se abre bajo nuestros pies.

¿Una llamada sin contestar? ¿Un mensaje sin responder? Tampoco hay motivos para preocuparse. Hay muchos otros números de teléfono en la lista y en principio una cantidad ilimitada de mensajes que con la ayuda de un par de teclas diminutas uno puede enviar sobando ese aparatito que se ajusta tan bien al tamaño de la mano. Si uno lo piensa (si es que le queda tiempo para pensar) es astronómicamente improbable que uno llegue hasta el final de su lista de contactos o logre tipear todos los mensajes que podría tipear. Siempre hay más conexiones posibles, y por lo tanto no es demasiado importante cuántas de ellas hayan resultado ser frágiles o inestables. Tampoco importa demasiado la fecha de vencimiento. *Cada* conexión puede ser de corta vida, pero su *exceso* es indestructible. En medio de la eternidad de esa red imperecedera podemos sentirnos a salvo de la irreparable fragilidad de cada conexión individual y transitoria.

Uno siempre puede correr a refugiarse en esa red cuando la multitud que lo rodea se vuelve intolerable. Gracias a las posibilidades que nos brinda el celular, siempre y cuando esté bien guardado en el bolsillo, uno se distingue de la multitud, distinción que es la condición de membresía y admisión de esa multitud.

Una multitud de individuos distintos: un *enjambre*, para ser más precisos. Un agregado de personas autoimpulsadas que no necesitan ni oficial al mando ni mascarón de proa ni agitador ni vocero ni soplones para mantenerse unido. Un agregado móvil en el cual cada unidad, móvil a su vez, hace lo mismo, pero nunca de manera conjunta. Las unidades marcan el paso sin romper filas. Esa multitud apegada a las formas expulsa a las unidades que se distinguen, o directamente las pasa por encima, pero el enjambre sólo admite ese tipo de unidades.



Retrato de hombre con abrigo, de Támara de Lempicka, óleo sobre lienzo, 1928.

Los teléfonos celulares no crearon el enjambre, aunque indudablemente ayudan a que siga siendo lo que es: un enjambre. Ese enjambre esperaba ansiosamente la llegada de los Nokia y los Ericsson para servirse de ellos. Si no existiera el enjambre, ¿qué utilidad podrían tener?

**LOS CELULARES AYUDAN A ESTAR CONECTADOS A LOS QUE ESTÁN A DISTANCIA. LOS CELULARES PERMITEN A LOS QUE SE CONECTAN... MANTENERSE A DISTANCIA.**

Jonathan Rowe recuerda:

Hacia fines de la década de 1990, en medio del *boom* tecnológico, solía pasar mucho tiempo en un café del barrio teatral de San Francisco... Allí tuve ocasión de observar una y otra vez la misma escena. Mami sorbiendo su café. Los chicos picoteando sus galletas, con los pies colgando de las sillas. Y

ahí está Papi, levemente apartado de la mesa, hablando por su celular... Se trataba supuestamente de una “revolución en las comunicaciones”, y sin embargo allí, en el epicentro tecnológico, los miembros de esa familia evitaban mirarse a los ojos.<sup>6</sup>

Dos años más tarde, Rowe probablemente habría visto cuatro teléfonos funcionando alrededor de esa mesa. Los celulares no impedirían ni que Mami sorbiera su café ni que los chicos masticaran sus galletas. Pero el esfuerzo de no mirarse a los ojos se habría vuelto innecesario: para entonces, esos ojos ya se habrían convertido de todas maneras en paredes vacías, y dos paredes vacías pueden estar cara a cara sin riesgo alguno. Con el tiempo, los celulares entrenarían a los ojos a mirar sin ver.

Como señala John Urry, “las relaciones de copresencia implican siempre cercanía y lejanía, proximidad y distancia, solidez e imaginación”.<sup>7</sup> Correcto. Pero la ubicuidad y continua presencia de un tercero –de la “proximidad virtual” disponible de manera universal y permanente gracias a la red electrónica– vuelca la balanza decididamente a favor de la lejanía, la distancia y la imaginación. Augura (¿o más bien promueve?) la separación definitiva entre lo “físicamente distante” y lo “espiritualmente remoto”. Lo primero ya no es condición de lo segundo. Lo segundo tiene ahora su propia “base material” tecnológica, infinitamente más amplia, flexible, variopinta y atractiva, más plena de aventuras que cualquier reacomodamiento de cuerpos físicos. Y la proximidad de los cuerpos tiene menos posibilidades que nunca de afectar la distancia espiritual...

6 Jonathan Rowe: “Reach out and annoy someone”. En *Washington Monthly* (noviembre de 2000).

7 John Urry: “Mobility and Proximity”. En *Sociology* (mayo de 2002), pp. 255-274.

Urry tiene razón cuando desautoriza las profecías que auguran una inminente desaparición de los viajes, innecesarios gracias a la facilidad de las conexiones electrónicas. El advenimiento de ese no-lugar electrónicamente garantizado hace que los viajes resulten más seguros, atractivos y menos riesgosos que nunca, y las antiguas limitaciones se abandonan al poder magnético de “recorrer”. Concreta y simbólicamente, los teléfonos celulares vienen a señalar nuestra liberación definitiva de un espacio. Tener a disposición un tomacorriente ya no es condición para “estar conectado”. Los viajeros pueden eliminar de sus cálculos de pérdidas y ganancias las diferencias entre irse y quedarse, distancia y proximidad, civilización y desierto inexplorado.

Mucho *software* y *hardware* ha sido arrojado a los cementerios de computadoras desde que el inolvidable Peter Sellers (en *Being there*, filme de Hal Ashby de 1979) intentara en vano desactivar a una pandilla de monjas con la ayuda de un control remoto de televisión. En nuestros días no habría tenido problemas en borrarlas del cuadro, del cuadro que él veía., de su cuadro, de la suma total de circunstancias en el mundo a su alcance. La otra cara de la moneda de la *proximidad virtual* es la *distancia virtual*: suspensión, incluso quizás cancelación, de todo aquello que hacía a la cercanía topográfica. La proximidad ya no implica cercanía física; pero la cercanía física ya no determina la proximidad.

Cuál de las dos caras de la moneda ayudó más a que la red electrónica y sus dispositivos de entrada y salida se convirtieran en un medio de interacción humana tan popular y ávidamente utilizado sigue siendo una incógnita. ¿Fue la nueva facilidad para conectarse o la nueva facilidad para cortar la conexión? No son pocas las ocasiones en que lo segundo resulta más urgente y relevante que lo primero.

El advenimiento de la proximidad virtual hace de las conexiones humanas algo a la vez más habitual y superficial, más intenso

y más breve. Las conexiones suelen ser demasiado superficiales y breves como para llegar a ser un vínculo. A diferencia de las relaciones humanas, ostensiblemente difusas y voraces, las conexiones se ocupan sólo del asunto que las genera y dejan a los involucrados a salvo de desbordes y protegiéndolos de todo compromiso más allá del momento y tema del mensaje enviado o leído. Las conexiones demandan menos tiempo y esfuerzo para ser realizadas y menos tiempo y esfuerzo para ser cortadas. *La distancia no es obstáculo para conectarse, pero conectarse no es obstáculo para mantenerse a distancia.* Los espasmos de la proximidad virtual terminan, idealmente, sin dejar sobras ni sedimentos duraderos. La proximidad virtual puede ser interrumpida, literal y metafóricamente a la vez, con sólo apretar un botón.

Pareciera ser que el logro fundamental de la proximidad virtual es haber diferenciado a las comunicaciones de las relaciones. A diferencia de la antigua proximidad topográfica, no requiere lazos preestablecidos ni los genera necesariamente. “Estar conectado” es más económico que “estar relacionado”, pero también bastante menos provechoso en la construcción de vínculos y su conservación.

**LA PROXIMIDAD VIRTUAL LOGRA DESACTIVAR LAS PRESIONES QUE SUELE EJERCER LA CERCAÑÍA NO-VIRTUAL. A SU VEZ, ESTABLECE LOS PARÁMETROS DE CUALQUIER OTRA PROXIMIDAD. LOS MÉRITOS Y DEFECTOS DE TODA PROXIMIDAD SON AHORA MEDIDOS EN RELACIÓN CON LOS ESTÁNDARES DE LA PROXIMIDAD VIRTUAL.**

La proximidad virtual y la no-virtual han intercambiado sus lugares: ahora la proximidad en su variante virtual se ha convertido en una “realidad” que se ajusta a la descripción clásica de Émile Durkheim: algo que fija, que “instituye fuera de nosotros ciertos modos de acción y ciertos juicios que

no dependen de cada voluntad individual tomada por separado”; algo que “es reconocible por su poder de coerción externa” y por la “resistencia que ofrece ante cada acción individual tendiente a contravenirlo”.<sup>8</sup> La proximidad no-virtual se queda muy corta respecto de los rígidos estándares de no intromisión y flexibilidad que la proximidad virtual ha establecido. Si no logra ajustarse a las normas impuestas por la proximidad virtual, la proximidad topográfica ortodoxa se convertirá en una “contravención” que sin lugar a duda encontrará resistencia. Así que el rol de realidad *real*, genuina y no adulterada ha quedado en manos de la proximidad virtual, y cualquier otro candidato que aspire a acceder al estatus de realidad deberá medirse según sus parámetros.

Todos hemos visto, oído, y aun escuchado a pesar nuestro, a pasajeros del tren que, a nuestro lado, hablan sin parar por sus teléfonos. Si uno viaja en primera clase, se trata en su mayoría de hombres de negocios deseosos de mantenerse ocupados y parecer eficientes, es decir, de conectarse con la mayor cantidad posible de usuarios de celulares y de demostrar cuántos de estos usuarios están dispuestos a aceptar su llamada. Si uno viaja en segunda clase, se trata sobre todo de adolescentes de ambos sexos y jóvenes que informan a sus hogares por cuál estación acaban de pasar y hacia cuál se dirigen. Uno diría que están contando los minutos que los separan de sus seres queridos y que no ven la hora de poder mantener esas conversaciones cara a cara. Pero quizás no haya pensado que muchas de esas charlas por celular que usted escuchó por azar no eran el *prolegómeno* de una conversación más sustancial a producirse al llegar, sino un *sustituto* de ella. Que esas charlas no preparaban el terreno para algo real, sino que eran lo real en sí... Que muchos de esos jóvenes anhelantes de informar

8 Émile Durkheim: *Las reglas del método sociológico*. Madrid: Alianza, 1988.

a sus invisibles interlocutores acerca de su paradero, ni bien lleguen a sus hogares correrán a sus cuartos a cerrar la puerta con llave detrás de sí.

Pocos años antes del surgimiento de la proximidad virtual electrónica, Michael Schluter y David Lee observaron que “la privacidad nos pesa como un traje a presión... Todo menos invitar al encuentro, todo menos involucrarse”. Los hogares ya no son un oasis de intimidad en medio del desierto árido de la despersonalización. Los hogares ya no son un lugar de recreación compartido, de amor y amistad, sino el ámbito de disputas territoriales: ya no son el obraje de construcción de la unidad, sino un conjunto de búnkeres fortificados. “Hemos cruzado el umbral de nuestras casas individuales y hemos cerrado sus puertas, y luego cruzado el umbral de nuestras habitaciones individuales y hemos cerrado sus puertas. El hogar se transforma en un centro de recreaciones multipropósito donde los miembros del grupo familiar pueden vivir, en cierto sentido, separadamente codo a codo.”<sup>9</sup>

Sería tonto e irresponsable culpar a los artefactos electrónicos por el lento pero constante retroceso de la proximidad personal, de la contigüidad directa y cara a cara, multifacética y multipropósito. Sin embargo, la proximidad virtual se jacta de tener ciertas características que en un moderno mundo líquido resultan sin duda ventajosas, y que no pueden obtenerse en un marco de cercanía no virtual del tipo *tête-à-tête*. No es extraño, entonces, que la proximidad virtual sea la opción de elección, practicada con mayor celo y abandono que cualquier otra clase de cercanía. La soledad detrás de la puerta cerrada de una habitación particular y con un teléfono celular a mano es una situación más segura y menos riesgosa que compartir el terreno común del ámbito doméstico.

Cuanto más atención y esfuerzos de aprendizaje consumen la proximidad de tipo virtual, menos tiempo se dedica a la adquisición y ejercicio de las habilidades que la proximidad no-virtual requiere. Tales habilidades caen en desuso: son evitadas, olvidadas o directamente jamás aprendidas, o se recurre a ellas cuando no queda más remedio y a regañadientes. El despliegue eventual de tales facultades puede representar un desafío sumamente incómodo e incluso insalvable, lo que no hace más que convertir a la proximidad virtual en una opción más tentadora. Una vez encarado, el pasaje de la proximidad no-virtual a la de tipo virtual toma velocidad propia. Parece auto-perpetuarse; también se autoacelera.

**“A MEDIDA QUE LA GENERACIÓN QUE SE CRIÓ CON LA RED ALCANZA LA EDAD DE SALIR, LAS CITAS POR INTERNET COMIENZAN A FLORECER. Y NO SE TRATA DE UN ÚLTIMO RECURSO. ES UNA ACTIVIDAD RECREATIVA. ES ENTRETENIMIENTO.”**

Así lo cree Louise France<sup>10</sup> y concluye que para los corazones solitarios de hoy, las discotecas y los bares de solos y solas no son más que un recuerdo lejano. No han adquirido (y no temen no haberlo hecho) suficientes habilidades sociales como para hacer amigos en lugares semejantes. Además, las citas por Internet tienen ventajas que los encuentros personales no tienen, ya que en estos últimos, una vez roto el hielo, éste seguirá roto o derretido de una vez y para siempre. Pero con las citas por Internet no ocurre lo mismo. Como lo confesara un entrevistado de 28 años en un estudio de la Universidad de Bath, “uno siempre puede oprimir *borrar*. No hay nada más fácil que no responder un *e-mail*”. France comenta: los usuarios que recurren a los encuentros *on-line* pueden darse

9 Michael Schluter y David Lee: *The R Factor*. Londres, Hoder and Stoughton, 1993, pp. 15, 37.

10 Louise France: “Love at first site”. En *Observer Magazine* (30 de junio de 2002).

cita sin *riesgos*, con la certeza de que siempre pueden volver al mercado para otra ronda de compras. O como sugiere el doctor Jeff Gavin de la Universidad de Bath, citado por France, en Internet uno puede citarse “sin temor a repercusiones en el *mundo real*”. O así es al menos como uno se siente cuando entra a Internet para comprar compañeros: igual que cuando ojea las páginas de un catálogo de ventas por correo “sin obligación de compra” que garantiza en la cubierta el “reembolso en caso de quedar insatisfecho”.

La finalización a demanda –instantánea, sin inconvenientes, sin pérdidas ni remordimientos– es la mayor de las ventajas de las citas por Internet. En un mundo de cambios fluidos, valores cambiantes y reglas eminentemente inestables, la reducción de los riesgos combinada con la aversión a descartar otras opciones es lo único que queda de una elección racional. Y las citas por Internet, a diferencia de las molestas negociaciones de acuerdos mutuos, cumple a la perfección (o casi) con los requisitos de los nuevos estándares de elección racional.

Los centros comerciales se han esforzado mucho en reclasificar las tareas de supervivencia para convertirlas en entretenimiento y diversión. Aquello que solía ser soportado y padecido como una sumatoria de rencor y repulsión sólo por la insoluble presión de la necesidad, se ha investido del poder seductor que le confiere la promesa de placeres incalculables y de riesgo predecible. Lo que los paseos de compras hicieron por las tareas domésticas, Internet lo hizo por las negociaciones de pareja. Pero si bien mitigar las necesidades y las presiones de la “mera supervivencia” era imprescindible para asegurar el éxito de los centros comerciales, las citas por Internet jamás hubiesen tenido éxito sin el apoyo y la ayuda de la desaparición de las relaciones de tiempo completo, el compromiso y la obligación de “estar allí cada vez que me necesites”, de la lista de condiciones indispensables de una pareja.

La responsabilidad por la elimi-

nación de esas condiciones no puede ser adjudicada a la puerta virtual de las citas electrónicas. El agua que corrió bajo el puente de la sociedad individualizada líquida y moderna ha hecho de los compromisos a largo plazo un terreno fangoso, y de la obligación de asistencia mutua de tipo “venga lo que venga”, una perspectiva que no resulta ni realista ni merecedora de mayores esfuerzos.

**LA SUPUESTA LLAVE DE LA FELICIDAD DE TODOS, Y EL EXPLÍCITO PROPÓSITO DE LOS POLÍTICOS, ES EL CRECIMIENTO DEL PRODUCTO INTERNO BRUTO. Y EL PIB ES MEDIDO EN FUNCIÓN DE LA SUMA TOTAL DE DINERO GASTADA POR LA POBLACIÓN.**

Jonathan Rowe y Judith Silvershtein escriben: “Despojado del exitismo y la euforia, el crecimiento implica simplemente ‘gastar más dinero’. Y a dónde vaya a parar ese dinero y por qué no tiene la menor importancia”.<sup>11</sup>

De hecho, la mayor parte del dinero que se gasta, y una parte aún mayor del crecimiento de ese gasto, termina financiando la lucha contra los equivalentes de la sociedad de consumo de las “dolencias iatrogénicas”, problemas causados por la exacerbación y luego aplacamiento de carencias y caprichos del pasado. La industria de alimentos de los Estados Unidos gasta alrededor de 21.000 millones de dólares anuales en sembrar y cultivar el deseo de productos más sofisticados, exóticos y supuestamente más sabrosos, mientras que la industria de las dietas y la pérdida de peso gana 32.000 millones de dólares al año, y la inversión en tratamientos médicos, en gran medida necesarios para luchar contra el flagelo de la obesidad, se duplicará a lo largo de la próxima década. Los habitantes de la ciudad de Los Ángeles gastan

<sup>11</sup> Jonathan Rowe y Judith Silverstein: “The GDP myth: why ‘growth’ isn’t always good thing”. En *Washington Monthly* (marzo de 1999).

en promedio unos 800 millones al año en combustible, a la vez que los hospitales registran un récord de admisión de pacientes con problemas de asma, bronquitis, y otros males respiratorios causados por la contaminación del aire, lo que hace que su ya astronómica facturación rompa nuevas marcas. Mientras consumir (y gastar) más que ayer pero (así se espera) menos que mañana siga siendo el camino soberano hacia la solución de todos los problemas sociales, y mientras el cielo sea el único límite para el poder magnético de las sucesivas atracciones consumistas, los cobradores de deudas impagas, las compañías de seguros y los inadaptados carcelarios seguirán siendo los mayores contribuyentes al crecimiento del PIB. Es imposible medir con exactitud el enorme y creciente papel que juega en el crecimiento del PIB el estrés emanado de las preocupaciones que consumen nuestras vidas de modernos consumidores líquidos.

El método más aceptado para calcular el “producto bruto” y su crecimiento, y en particular el guarismo fetiche que la política actual extrae de él, descansa sobre una presunción no verificada y rara vez explicada abiertamente, a pesar de las repetidas impugnaciones de la que es objeto. Según dicha presunción, la suma total de la felicidad humana aumenta a medida que mayor cantidad de dinero cambia de manos. En una sociedad de mercado, el dinero cambia de manos en múltiples ocasiones. Por mencionar apenas algunos de los patéticos ejemplos señalados por Jonathan Rowe, el dinero cambia de manos cuando alguien queda inválido como consecuencia de un accidente y el automóvil en cuestión es un amasijo de hierros retorcidos que no puede ser reparado, cuando los abogados presentan sus cargos al ocuparse de un caso de divorcio o cuando la población instala filtros de agua o decide directamente comprar agua embotellada porque la que sale del grifo se ha vuelto impotable. Y en todos estos casos y tantos otros similares, el “producto bruto” crece, y los políticos al mando,

los economistas de turno y sus grupos de expertos se regocijan.

El modelo de PIB que domina (de hecho, que monopoliza) la manera como los miembros de una sociedad líquida moderna, consumista e individualizada piensan el bienestar o el “bien social” (en las raras ocasiones en que sus propias preocupaciones acerca de cómo tener una vida exitosa y feliz les dejan tiempo para tales consideraciones) es notable no tanto por sus clasificaciones erróneas o tergiversadas, sino por lo que directamente deja fuera de ellas, por todo aquello que elimina de plano de sus consideraciones y sus cálculos, restando de esa manera y en la práctica toda relevancia real al tema de la riqueza nacional y el bienestar individual y colectivo.

**ASÍ COMO LOS ESTADOS MODERNOS OMNIORDENADORES Y OMNICLASIFICADORES NO PODÍAN TOLERAR A LOS “HOMBRES SIN AMO”, Y ASÍ COMO LOS IMPERIOS MODERNOS EN EXPANSIÓN Y ÁVIDOS DE TERRITORIOS NO PODÍAN TOLERAR LA TIERRA “SIN DUEÑO”, LOS MERCADOS MODERNOS NO TOLERAN DE BUEN GRADO LAS “ECONOMÍAS DE NO-MERCADO”: UN TIPO DE VIDA QUE SE REPRODUCE A SÍ MISMA SIN DINERO QUE CAMBIE DE MANOS.**

Para los teóricos de la economía de mercado, ese tipo de vida no cuenta y, por lo tanto, no existe. Para los practicantes de la sociedad de mercado, constituye una afrenta y un desafío: un espacio tan no conquistado, una flagrante invitación a la invasión y la conquista, una tarea inconclusa que reclama acciones inmediatas.

Para demostrar la naturaleza provisoria de todo *modus coexistendi* posible entre las economías de mercado y las de no-mercado, los teóricos aplican a estas formas o fragmentos de vida autorreproductivas nombres que sugieren su anormalidad e inminente desaparición. La gente que se las arregla para

producir lo que necesita para sostener su estilo de vida y, por lo tanto, no necesita realizar visitas periódicas a los comercios son entonces personas que “viven al día”, cuya existencia sólo cobra sentido por lo que les falta o necesitan: una existencia primitiva y miserable que precede al “despegue económico” con el que se inicia la vida *normal*, que obviamente no necesita calificativo alguno. Toda instancia en la que un bien cambia de manos sin intercambio de dinero queda relegada a la nebulosa de las “economías informales”, una vez más la parte connotada de una oposición cuya contraparte normal (a saber, los intercambios mediados por el dinero) no necesita denominación.

Los practicantes de la economía de mercado hacen todo lo posible por triunfar en esos lugares donde han fracasado los expertos en *marketing*. La expansión es tanto horizontal como vertical, extensiva e intensiva: no sólo hay que conquistar esas tierras que se aferran a su estilo de vida “de la mano a la boca”, sino también la parte informal de la economía de pueblos ya convertidos al credo de compra/consumo. Las formas de vida no monetarias deben ser destruidas para que quienes confiaban en ella enfrenten la decisión de comprar o morir de hambre (aunque nadie les garantiza que una vez convertidos al consumismo no les ocurra de todos modos). Se demostrará que los aspectos de la vida todavía no comercializados entrañan peligros que sólo pueden ser conjurados gracias a la compra de herramientas o a la contratación de servicios, o se los denunciará en tanto inferiores, repulsivos y, en definitiva, degradantes. Y como tales, son denunciados.

La ausencia más ostensible en los cálculos económicos de los teóricos, y que a la vez encabeza la lista de blancos de guerra comercial de los practicantes del mercado, es el enorme sector de lo que A. H. Halsey denominó “economía moral”, el intercambio familiar de bienes y servicios, ayuda vecinal y cooperación entre amigos: todas aquellas razones, impulsos y acciones con los que están

entretejidos los lazos humanos y los compromisos duraderos.

El único personaje digno de la atención de los teóricos, por ser quien mantiene aceitadas las ruedas del crecimiento económico, es el *homo oeconomicus*, ese actor solitario, autorreferente y sólo preocupado por sí mismo que busca el trato más ventajoso y se guía por sus “elecciones racionales”, atento a no ser presa de ninguna emoción que conspire con sus ganancias monetarias y en cuyo mundo vital pululan otros personajes que lo único que comparten son estas virtudes. El único personaje que los practicantes del mercado son capaces de reconocer y aceptar es el *homo consumens*, ese comprador solitario, autorreferente y sólo preocupado por sí mismo que ha hecho de la búsqueda del mejor precio una cura para la soledad y reniega de cualquier otro tratamiento, un personaje que sólo reconoce como comunidad necesaria de pertenencia a ese enjambre de compradores que atestan los centros comerciales, un personaje en cuyo mundo vital pululan otros personajes que no comparten más que estas virtudes.

*Der Mann ohne Eigenschaften* –el hombre sin atributos– de la modernidad temprana ha madurado hasta convertirse en (¿o ha sido desplazado por?) *Der Mann ohne Verwandtschaften*: el hombre sin ataduras.

El *homo oeconomicus* y el *homo consumens* son hombres y mujeres sin *ataaduras sociales*. Son los miembros ideales de la economía de mercado y hacen las delicias de los guardianes del PIB.

También son ficciones.

**A MEDIDA QUE LAS BARRERAS ARTIFICIALES CONTRA EL LIBRE MERCADO SON QUEBRADAS Y LAS NATURALES SON ERRADICADAS O DESTRUIDAS, LA EXPANSIÓN HORIZONTAL/EXTENSIVA DE LA ECONOMÍA DE MERCADO PARECE ESTAR A PUNTO DE COMPLETARSE. PERO LA EXPANSIÓN VERTICAL/INTENSIVA LEJOS**

**ESTÁ DE HABER TERMINADO, Y UNO SE PREGUNTA SI TAL COSA ES POSIBLE, O SIQUIERA CONCEBIBLE.**

Si las tensiones generadas por la economía de mercado no alcanzan niveles explosivos es sólo gracias a la válvula de seguridad de la “economía moral”. Si los sobrantes humanos producidos por la economía de mercado no se vuelven inmanejables es sólo gracias al colchón de esa “economía moral”. De no ser por la intervención correctiva, mitigadora, moderadora y compensatoria de la economía moral, la economía de mercado dejaría al descubierto su instinto autodestructivo. El milagro diario de salvación/resurrección de la economía de mercado es fruto de su fracaso en seguir ese instinto hasta sus últimas consecuencias.

Si el *homo oeconomicus* y el *homo consumens* son los únicos admitidos en el mundo regido por la economía de mercado, un número considerable de seres humanos queda excluido de la lista de candidatos que reúnen los requisitos necesarios para acceder a un permiso de residencia permanente, y pocos o ninguno tienen derecho a gozar del estatus de residentes legítimos en todo momento y en toda ocasión. Pocos o ninguno logran escapar de esa zona gris que el mercado desdeña y que gustosamente desterraría o extirparía de raíz del mundo que gobierna.

Aquello que desde el punto de vista de la conquista de los mercados -conquista ya alcanzada o aún en curso- es una “zona gris”, para sus habitantes conquistados, conquistados a medias o a punto de serlo es una comunidad, un vecindario, un círculo de amigos, compañeros de vida y de por vida: un mundo donde la solidaridad, la comprensión, el intercambio, la ayuda mutua y la compasión (todas nociones ajenas al pensamiento económico y aborrecibles para la economía práctica) dejan en suspenso o dan la espalda a las elecciones basadas en la racionalidad y la búsqueda del propio interés individual. Un mundo cuyos habitantes no son competidores ni objetos de uso y consumo, sino compa-

ñeros (que ayudan, que reciben ayuda) en el constante e interminable esfuerzo conjunto de construir una vida en común y de hacer que esa vida en común sea más fácil.

La necesidad de la solidaridad parece resistir y sobrevivir a los embates del mercado, y no precisamente porque el mercado ceje en sus intentos. Siempre que hay necesidad, existe una oportunidad de lucro, y los expertos en *marketing* aguzan su ingenio al punto de sugerir que la solidaridad, una sonrisa amigable, la unión o la ayuda en caso de necesidad, pueden ser compradas en un mostrador. Siempre tienen éxito, y siempre fracasan. Los sucedáneos comprados son incapaces de reemplazar los lazos humanos. En su versión comercial, los lazos se transforman en bienes, es decir que son transferidos a otra esfera, regida por el mercado, y dejan de ser lazos capaces de satisfacer esa unión que sólo se concibe y mantiene viva con más unión. La cacería de los mercados en pos del capital escondido e inexplorado de la sociabilidad humana<sup>12</sup> no puede tener éxito.

**CUANDO LA “ZONA GRIS” DE LA SOLIDARIDAD HUMANA, DE LA AMISTAD Y EL COMPAÑERISMO SE OBSERVA A TRAVÉS DEL CRISTAL DE UN MUNDO ORDENADO, FUNCIONAL Y BIEN CONSTRUIDO, PARECE EL REINADO DE LA ANARQUÍA.**

El concepto de “anarquía” está cargado de una historia esencialmente anties-tatista. Desde Godwin hasta Kropotkin, pa-

12 Sobre el concepto de “sociabilidad” puede leerse la obra Zygmunt Bauman titulada *Ética posmoderna*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2004. La yuxtaposición de “sociabilidad” y “socialización” es paralela a la de “espontaneidad” y “manejo”. “La sociabilidad ubica la singularidad por sobre la regularidad, y lo sublime por sobre lo racional, y en consecuencia es por lo general inhóspita para las normas, vuelve problemática la redención discursiva de las normas y cancela el significado instrumental de la acción”.

sando por Proudhon y Bakunin, los teóricos de la anarquía y los fundadores de los movimientos anarquistas utilizaron el término “anarquía” para dar nombre a una sociedad alternativa, y como antónimo de un orden coercitivo y apoyado en el poder. La sociedad alternativa que postularon se diferenciaba de la ya existente en cuanto carecía de Estado, epítome del poder intrínsecamente corrupto e inhumano. Una vez que el Estado fuese desmantelado y eliminado, los seres humanos recurrirían (¿regresarían?) a los valores de la ayuda mutua, utilizando, como Mikhail Bakunin no dejaba de repetir, sus dotes naturales para pensar y rebelarse.

La cólera de los anarquistas del siglo XIX se ensañaba con el Estado, para ser más precisos con el Estado *moderno*, una novedad para la época que no estaba aún lo suficientemente afianzada como para argumentar legitimidad histórica o para confiar en la obediencia rutinaria. El Estado se esforzó por lograr un control meticuloso y ubicuo de todos aquellos aspectos de la vida humana que los poderes del pasado habían dejado en manos de los recursos y modos colectivos particulares. Reclamó el derecho de interferir en afeos de las cuales los poderes anteriores, por opresivos y explotadores que fueran, se habían mantenido al margen, y concibió los medios para hacerlo. Se abocó en especial al desmantelamiento de *les pouvoirs intermediaires*, es decir, de las formas preexistentes de autonomía local, autoafirmación y autogestión comunales. Sitiadas, las formas habituales de resolver los problemas y conflictos generados por la vida comunitaria parecían ser la punta de lanza del movimiento anarquista, ya que estaban instaladas y eran de hecho “naturales”. También se creyó que podían ser auto sustentables y plenamente capaces de mantener el orden cualesquiera que fueran las condiciones o circunstancias sociales y en tanto y en cuanto fuesen protegidas de imposiciones emanadas del Estado. La anarquía, es decir, una sociedad sin Estado ni sus armas de coerción, fue imaginada como un orden no

coercitivo, en el cual la necesidad no estaba en conflicto con la libertad, ni la libertad se interponía en el camino de los prerrequisitos necesarios para la vida en común.

La *Weltanschauung* anarquista de los primeros años tenía un fuerte aroma nostálgico que compartía con el socialismo utópico de la época (las enseñanzas de Proudhon y Weitling evidencian la íntima afinidad entre ambos): el sueño de deshacer el camino andado desde el nacimiento de una nueva forma moderna de poder social y capitalismo (es decir, la separación del negocio de la estructura familiar) para regresar a una acogedora intimidad de unidad comunal de sentimientos y acciones, más idealizada que verdaderamente libre de conflictos. Fue esta forma temprana, nostálgica y utópica de la anarquía la que se instaló en las conciencias de la sociedad moderna y la que inspiró la mayoría de las interpretaciones que hicieron de ella las ciencias políticas.

Pero el pensamiento anarquista tuvo otro significado, menos ceñido a una época, que permaneció escondido detrás de su ostensible rebelión contra el Estado y que por eso mismo fue pasado por alto. Ese otro significado se ajusta a la idea de *communitas* de Víctor Turner:

Es como si hubiese aquí dos “modelos” principales de interrelaciones humanas yuxtapuestos y alternantes. El primero es el de la sociedad como sistema estructurado, diferenciado y a menudo jerárquico de posiciones político-legal-económicas. [...] El segundo [...] es el de la sociedad como una *communitas* desestructurada, rudimentariamente estructurada o relativamente indiferenciada, una comunidad o incluso una comunión igualitaria de individuos que se someten juntos a la autoridad ritual de sus mayores.<sup>13</sup>

Turner utilizó el lenguaje de la antropología y planteó el tema de la *communitas*

13 Víctor Turner: *El proceso ritual: estructura y antiestructura*. Madrid: Taurus, 1988.

dentro del campo habitual de la problemática antropológica y como parte de las preocupaciones que hacen a los diferentes modos los conglomerados humanos (“sociedades”, “culturas”) aseguran su perdurabilidad y autorreproducción continua. Pero los dos modelos que Turner describe pueden no ser interpretados como dos tipos de sociedades diferentes, sino como representaciones de formas complementarias de coexistencia humana que se combinan en proporciones variables en todos y cada uno de los conglomerados humanos duraderos.

Ninguna variedad de coexistencia humana está estructurada por completo, ninguna diferenciación interna lo abarca todo, lo comprende todo ni está libre de ambivalencias, ninguna jerarquía es total y estática. La lógica de las categorías no se adecua bien a la diversidad y el desorden de las interacciones humanas. Todo intento de estructuración abarcadora deja numerosos “cabos sueltos” e implicaciones polémicas, produce puntos ciegos, zonas indefinidas, ambigüedades y tierras de nadie inexploradas y sin cartografía oficial. Todas esas sobras del esfuerzo ordenador constituyen el dominio de la espontaneidad humana, de la experimentación y la auto-determinación. La *communitas* es, para bien o para mal, la contracara de toda *societas*, y en ausencia de la *communitas* (ausencia difícilmente imaginable), la *societas* se desintegraría. Son la *societas*, con sus rutinas, y la *communitas*, con su anarquía, las que *juntas*, en cooperación reticente y conflictiva, marcan la diferencia entre el orden y el caos.

La tarea que la institucionalización, ejercitando su brazo coercitivo, hace a medias o no logra realizar queda en manos de la espontánea capacidad inventiva de los seres humanos para reparar y completar. Desprovista de la comodidad que aporta la rutina, la creatividad (como señaló Bakunin) sólo cuenta con dos facultades humanas: la capacidad para pensar y la tendencia a (y el coraje para) rebelarse. El ejercicio de cualquiera de estas dos habilidades entraña numerosos

riesgos y, a diferencia de la rutina, institucionalmente arraigada y protegida, poco puede hacerse para reducir esos riesgos o hacerlos desaparecer. La *communitas* (que no debe ser confundida con las contrasociedades que se adjudican el nombre de “comunidades” pero que reproducen los métodos de la *societas*) habita en la tierra de la incertidumbre, y no lograría sobrevivir en ninguna otra parte.

La supervivencia y el bienestar de la *communitas* (y por lo tanto, e indirectamente, también de la *societas*) dependen de la imaginación humana, de su inventiva y coraje para *romper* la rutina y aventurarse por caminos *inexplorados*. En otras palabras, depende de la habilidad humana para vivir en riesgo y aceptar responsablemente sus consecuencias. En estas habilidades descansa la “economía moral” –cuidado y ayuda mutuos, vivir *para* el otro, tejer la trama del compromiso humano, ajustar y corregir los lazos interhumanos, transformar los derechos en obligaciones, compartir la responsabilidad del destino y el bienestar de todos–, indispensable para rellenar los agujeros abiertos, empresa siempre inconclusa de la estructuración, y contener la inundación que ella ha desatado.

**LA INVASIÓN Y COLONIZACIÓN DE LA COMMUNITAS, SEDE DE LA MORAL ECONÓMICA, A MANOS DE LAS FUERZAS DEL MERCADO DE CONSUMO, REPRESENTA EL MAYOR DE LOS PELIGROS QUE AMENAZAN HOY A LA UNIÓN HUMANA.**

El blanco principal del ataque de los mercados son los humanos en cuanto *productores*. Una vez conquistada y colonizada toda la tierra, sólo los *consumidores* obtendrán su permiso de residencia. El difuso albergue donde se alojaban las condiciones de vida compartida será clausurado y desmantelado. Los modelos de vida, así como los tipos de vínculos que los sostienen, sólo estarán disponibles bajo la forma de “bienes”. Así como el Estado, obsesionado por el orden, combatió (no sin riesgo para sí mismo)

a la anarquía, sello distintivo de la *communitas*, por la amenaza que ésta implicaba para la rutina asistida por el poder, el mercado consumista, obsesionado por el lucro, también combate la anarquía por su escandalosa capacidad productiva y el potencial de autosuficiencia que supuestamente podría desprenderse de ella. Es justamente porque la economía moral tiene tan poca necesidad de los mercados que las fuerzas del mercado se han alzado en armas contra ella.

En esa guerra se ha desplegado una doble estrategia.

Primero, todos los aspectos posibles de economía moral independiente de los mercados es cosificada hasta cobrar el aspecto de un objeto de consumo.

Segundo, todo elemento de la economía moral de la *communitas* que resista dicha cosificación es considerado irrelevante para la prosperidad de la sociedad de consumo. Se lo despoja de todo valor, en una sociedad entrenada para medirlo todo en términos pecuniarios e identificar el valor con el precio que figura en las etiquetas de bienes y servicios vendibles y comprables. Por último, se lo corre de la atención pública (y se espera que también de la individual) borrándolo de las cuentas públicas indicadoras del bienestar humano.

El resultado de esta guerra actual no está ni remotamente definido, aunque hasta el momento la ofensiva proviene de uno solo de los bandos, mientras que el otro se encuentra en permanente retirada. La *communitas* ha perdido mucho terreno, y los almacenes de barrio que sueñan con convertirse en centros comerciales florecen donde una vez eran ellos los que cosechaban.

Perder terreno es un suceso ominoso y potencialmente desastroso en el desarrollo de una guerra, pero el factor que en definitiva decide el resultado de las hostilidades es siempre la habilidad de las tropas para luchar. El terreno es más fácil de recobrar

que el ánimo cuando se ha perdido, y que la confianza en los objetivos y probabilidades de la resistencia cuando ha flaqueado. Es esto precisamente lo que augura un destino más oscuro para la economía moral.

El éxito principal y más trascendente de la ofensiva del mercado hasta el momento ha sido la gradual (pero de ninguna manera completa o irremontable) aunque sistemática erosión de las habilidades de sociabilidad. En términos de relaciones interpersonales, los actores carentes de entrenamiento funcionan cada vez más seguido en “modalidad de agencia”, actuando de forma heterónoma, siguiendo instrucciones explícitas o subliminales, y guiados principalmente por el deseo de cumplir las órdenes al pie de la letra y por el miedo a apartarse de los modelos en boga. El magnetismo seductor del comportamiento heterónimo redundando sobre todo en un abandono de las responsabilidades: una receta autorizada que viene en un mismo paquete junto con un acta que nos libera de la necesidad de tener que responder por los resultados adversos de su aplicación.

El retroceso de las habilidades de sociabilidad se ve atizado y acelerado por la tendencia, inspirada por el modelo de vida consumista dominante, a tratar a los otros seres humanos como objetos de consumo según la cantidad de placer que puedan llegar a ofrecer, y en términos de “costo-beneficio”. A lo sumo, los otros son valuados en tanto compañeros-en-la-esencialmente-solitaria-tarea del consumir, compañeros de alegrías consumistas, cuya presencia y activa participación pueden intensificar dichos placeres. Perdido por el camino ha ido quedando el valor intrínseco de los otros en cuanto seres humanos únicos e irrepetibles, así como la preocupación por el cuidado de la propia y ajena especificidad y originalidad. La solidaridad humana es la primera baja de la que puede vanagloriarse el mercado de consumo. ❖